

# CONCESION DE LOS PREMIOS «MARCH» DE 1960 PARA LITERATURA DE CREACION, CIENCIAS JURIDICO-SOCIALES Y QUIMICAS

Han correspondido, respectivamente, a don Ramón Pérez de Ayala, don José Gascón y Marín y don Obdulio Fernández

CADA GALARDON ESTA DOTADO CON QUINIENTAS MIL PESETAS

Ayer fueron otorgados los premios de la Fundación "Juan March" de 1960, dotados cada uno con quinientas mil pesetas, en las convocatorias de "Literatura de Creación", "Ciencias jurídico sociales" y "Ciencias Químicas", los cuales han correspondido, respectivamente, a don Ramón Pérez de Ayala, don José Gascón y Marín y don Obdulio Fernández.

El Jurado del premio de Literatura estaba compuesto por tres académicos de número de la Española: don Vicente García de Diego, don José María Pemán y don Melchior Fernández Almagro, y tres correspondientes: don Martín de Riquer, de Barcelona; don Emilio Alarcos García, de Valladolid, y don Manuel García Blanco, de Salamanca. Como secretario actuó el P. Félix García.

Formaban el de "Ciencias Jurídico Sociales" cuatro vocales designados por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas: dos de número de Madrid, don Leopoldo Eljo Garay y don José Castán Tobeñas; y dos correspondientes de provincias: don Luis Sánchez Agesta, rector de la Universidad de Granada y don Luis Legaz Lacambra; de la de Santiago de Compostela; y otros dos vocales designados por la Real Academia de Jurisprudencia: don Luis Jordana de Pozas, académico numerario de Madrid y don Manuel Batlle Vázquez, correspondiente y rector de la Universidad de Murcia. Intervino como secretario don Eduardo Leira.

En cuanto al Jurado del premio de "Ciencias Químicas", lo componían cuatro vocales de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales: don Julio Palacios y don José Baltá, académicos numerarios de Madrid, y don Felipe Lafita y don Francisco Planell, ambos correspondientes de Barcelona, y designados por la Real Academia de Farmacia, otros dos vocales: don Ramón Portillo, académico numerario de Madrid, y don Enrique Otero, correspondiente, de Santiago de Compostela. Desempeñó las funciones de secretario, don José García Santesmases.

La próxima semana se concederá el premio de "Ciencias Médicas". El jurado que discernirá este galardón está integrado por los siguientes señores: don Salvador Alhasanz y Echevarría, don Manuel Bermejillo y Martínez y don Benigno Lorenzo Velázquez, de Madrid; don Angel Force Echeverri, de Santiago; don Antonio Aznar Reig, de Cádiz, y don Emilio Zapatero Ballesteros, de Valladolid. El secretario es don Luis Sayé, de Barcelona.

Los premios de Ciencias, Letras y Artes del pasado año fueron concedidos por un Jurado compuesto por el presidente del Instituto de España y ocho presidentes directores de las Reales Academias. Los de 1960 son otorgados por las propias Academias, con arreglo a sus respectivas especialidades.

## Unos minutos con Pérez de Ayala

Ayer, poco después de la media tarde, supe que el premio March, de Literatura, había correspondido a D. Ramón Pérez de Ayala. El mismo enunciado del premio —Literatura de creación— convertía en un asunto natural el fallo: Belarmino, Apolonio, Tigre Juan, las dulces mujeres que transitan por "La pata de la raposa", o por "La caída de los limones"... Seres que fueron vistos para siempre; seres que, sacados de la historia de la vida, están ya por encima de la Historia.

Era lo natural. Premio March, para Literatura de Creación, a Don Ramón Pérez de Ayala: era el equilibrio. No me apresuré mucho. Iba para algunos días que había pensado en llevarle una revista con varios ensayos acerca de Marañón. Así es que me decidí.

Don Ramón está en su sillón de siempre. —Buenas tardes, D. Ramón.

Hay un señor acompañándole. Un señor que también es asturiano.

—Vengo a traerle la revista que le prometí.

Don Ramón toma la revista y la apoya sobre sus rodillas. Durante unos instantes mira fijamente la fotografía de D. Gregorio, que está en la primera página. Yo le miro a él, y pienso si no habré hecho mal en llevársela.

Por fin D. Ramón levanta la cabeza y me dice:

—Desde su muerte no hago más que pensar en él. Todo el día y toda la noche.

Yo no digo nada, porque habría sido inútil.

—¿Cómo se encuentra usted, D. Ramón?

—Mal.

Luego sonrío, con una sonrisa un poco intemporal, y dice:

—Es la caducidad... Me parece que he visto siempre al no-

velista en el sillón en que ahora le veo, y que no dejaré de verle jamás. Cuanto le rodea, incluido yo mismo, parece vivir una existencia fugaz que D. Ramón ha creado para solaz, y, en lo que a mí se refiere, para escarmiento del mundo. Sí; todo pa-

rece que gira y se transforma en torno a la figura de este noble anciano, que ahora vuelve, tenaz, a inclinar su cabeza para ver de nuevo—¿dónde?, ¿en qué tiempo, triste o feliz?—la efígie de su amigo entrañable.

—Además, D. Ramón, yo venía a felicitarle por lo del premio March.

Luego hablamos de otras cosas. Y luego me despido de él, pues la soledad, para los espíritus más finos, es suave compañía.

Comprendo que he hablado muy poco con D. Ramón del premio March. Nada le pregunté, nada le sugerí. Pero yo tenía la seguridad de que, al hacerlo, habríamos topado en seguida con la redundancia... Y es que el premio era lo natural.—C. L. A.

## Don José Gascón y Marín

*Don José Gascón y Marín, o el catedrático, porque este hombre, que lo ha sido todo en política y casi todo en la ciencia del Derecho, es esencialmente profesor. Recordamos, cuando su barbita era negra y sus ojos brillaban burlones y enérgicos, su clase en la Universidad de Madrid, a la que acudíamos como llevados por un imán. No era, cruel, ni caprichoso, ni injusto. Habrá firmado muchos más aprobados que suspensos, pero era un maestro al que se escuchaba para aprender y al que se acudía con respeto. Ni con el temor que nos sometía a Torres Aguilár ni con la insolencia que nos conducía ante D. Laureano Canseco, un sabio que comprendía a los chicos y les dejaba seguir sus impulsos, quizá por pereza escolar. Gascón y Marín fue siempre querido y mantenido a esa distancia afectuosa que media entre discípulo y profesor.*

Nació en Zaragoza el 14 de febrero de 1875. Allí fué bachiller, luego se licenció en Filosofía y Letras y se doctoró en Derecho. Con premios extraordinarios por oposición. Era hijo de un farmacéutico que trabajó mucho y supo hacer de sus dos hijos dos catedráticos. La carrera universitaria la comenzó como auxiliar de la Facultad de Zaragoza en Derecho Político Administrativo y Derecho Internacional. Pronto obtuvo la cátedra de Político y Administrativo en Sevilla, 1902, luego la de Internacional en Zaragoza, 1907 y por fin, en 1916, la de Derecho Administrativo de Madrid.

—En el Ministerio de Instrucción Pública he recorrido todos los cargos—nos dice—; fué delegado regio de Primera Enseñanza en Zaragoza, miembro del Consejo de Instrucción Pública, director general de Primera Enseñanza, subsecretario y ministro de este Departamento. Después pertenecí al Consejo de Estado y al de Trabajo.

Recuerda en política a los hombres que estuvieron en las Cortes, a las que perteneció en cinco legislaturas como diputado por Egea de los Caballeros. Este tiempo de política resuena en sus ecos emocionales.

Con voz pausada, pero firme, que contrasta con su cuerpo debilitado por un lejano accidente de automóvil, va contándome cosas de su vida, los honores recibidos, las grandes cruces, los trabajos en el extranjero, los libros escritos y publicados.

—Al cumplirse los cincuenta años de mi labor universitaria, se celebraron las bodas

de oro en la Universidad de Sevilla, primera en la que fui titular de Derecho administrativo. Acudieron a dicho acto los catedráticos de esta asignatura de las Universidades españolas y el que lo era de Lisboa, y el ministro de Educación Nacional. Expliqué una lección con tema jurídico administrativo. En cursos sucesivos, y por acuerdo de la Facultad de Madrid, he desarrollado en el período de doctorado temas diversos de Administrativo e Internacional. El curso actual es el 63 de labor docente, principalmente de Derecho administrativo, y en ocasiones de Internacional o de Derecho de Trabajo.

Gascón y Marín es académico de número de la Real de Ciencias Morales y Políticas y de la de Jurisprudencia y Legislación, y correspondiente de la Academia de Ciencias Morales y Políticas francesa.

—¿Y el Premio March?

—No lo he pensado. Algo será para las Academias.

—¿Qué discípulos recuerda como más brillantes?

—Muchos. Entre ellos, José Antonio y los Calvo Sotelo. Pero cuente mis años de catedrático y los ochenta y cinco de edad y podrá decir que todos los que hoy son algo en nuestro país han sido mis discípulos, en Derecho, naturalmente.

—Y muchísimos que no somos nada.

Soiríe. Dice algo que no entendemos bien.

—También fui periodista, allá, en Zaragoza. Cuando se cortaban las hojas del diario con un machete, para llevarlas a la venta. Como por las horas podía hacerlo, mi labor era el cierre del periódico. Y pintaba. Mi padre, durante los inviernos, y para que mi hermano y yo no callejéramos, nos enviaba a la Escuela de Artes y Oficios. Mire, ahí, junto a la escalera, aquella acuarela de Jerusalén, es mía. Y todavía los veranos, en Navarra, mis sobrinos me hacen pintar.—  
L. de A.

### Don Obdulio Fernández

Hay una media sombra grata en este despacho de la Real de Ciencias. D. Obdulio Fernández nos espera junto a una mesa que bailotea, como descendiente jugueteón de la gran mesa de reuniones que está al fondo. No le conocíamos, porque estos hombres de laboratorio llegan al público como en resonancia de eco. Parece que ellos se ocultan para hacer más sincera su labor. Es un hombre de gran viveza espiritual y física, juvenil a sus años, cuidadoso de su barbita cana y de su lazo de alegres tonos. Catedrático jubilado de Análisis especial de Medicamentos Orgánicos de la Facultad de Farmacia, lo fue de Química Orgánica en Granada. La enseñanza ha sido su carrera y el laboratorio su afición. Es burgalés, de Frias, el noble pueblo que hoy se estremecerá con nuevos júbilos.

—Sí—me dice—; he escrito muchos libros que no fueron un fracaso; pero que no fueron un éxito económico. Mi vida estuvo entregada al laboratorio; mi trabajo es experimental, y en los últimos años he dado ciento veinticinco conferencias.

Y recuerda a sus alumnos en seguida, para unir los dos motivos de sus impulsos.

“He hecho escuela”, afirma con alegría. Y va desgranando cómo aquellos muchachos fueron elevándose a los primeros puestos de su especialidad.

—Muchos son catedráticos; Cándido Torres es mi discípulo predilecto. En la industria están el director de “Faes”, Socias; el de “Lefa”, Jauregui, y muchos más; pero, mire, lo peor de la edad es la falta de memoria; cuando uno quiere, no llegan los nombres que íntimamente están en nuestro corazón.

Y luego se entristece un poco. Por Burgos dicen... Bueno, mi gran fracaso es que no tuve hijos. No engendré “quien matara reyes de moros”. Tuve una gran colaboradora, mi esposa, Luz Salazar, profesora de Normal un día, que ha hecho maravillosamente los cálculos que precisaba y ha redactado mis trabajos.

—¿Qué hace usted ahora, maestro?

—Trabajo en la Academia mucho. Esto es muy delicado. Hay que estar atento a España y al extranjero, a América, Filipinas, Puerto Rico, cuidar que nuestro idioma continúe en vanguardia en los trabajos científicos. Esta labor me distrae del laboratorio. Allí ahora trabajo en filología química de la lignina—constituyente de la madera—, de un modo especulativo, pero me preguntan, me consultan. Porque se vuelve a la madera, se la trabaja como el hierro desde que éste escaseó por la guerra. Trabajé mucho en el caucho... No en busca de nada para mí. A otros puede que hayan sido útiles mis trabajos. Fundamentalmente soy biólogo.

—El premio March y su medio millón...

—Sí. Es grato y es útil. Hasta para mí, que llevo una vida modesta y no sé qué hacer con el dinero, porque me sobra.

—¿Qué va usted a hacer con el premio?

—Lo partiré; quedará para esta Casa y para la Universidad. La renta la gastaremos mi mujer y yo. Y una pequeña parte irá a mi pueblo.

Se levanta ágil, hurga en un armario y

trae un libro que gentilmente me dedica.

—Son páginas de recuerdos, cosas de Frias, de mi infancia. Cuando yo era un niño me gustaba subir al campanario de la iglesia para oír su sonería. Me ensordecía allí arriba, pero me gustaba. La iglesia tenía una torre románica incomparable y en ella un campanario único. El campanero tocaba con los pies y con las manos, ayudado por un chico, por uno de nosotros, y los bajos, los tiples y los esquilonas eran famosos. Las catorce campanas llevaban su canto al campó. Hay un lugar donde corre el Ebro y se hace eco con aquella música, por el que gustaba pasear solo el cardenal Aguirre, para escuchar cuando la tarde se iba. La torre se cayó, perdiéndose una campana, y la nueva es estrecha y las dispone en dos pisos. Eso no se puede arreglar. Pero con este dinero, con una pequeña parte de él, voy a hacer una Fundación para pagar al campanero y que Frias tenga siempre su música los días de fiesta. Hoy le pago, pero yo no soy eterno. De esta manera, Frias no dejará de oír sus campanas.—L. de A.